

La Ilustración Artística



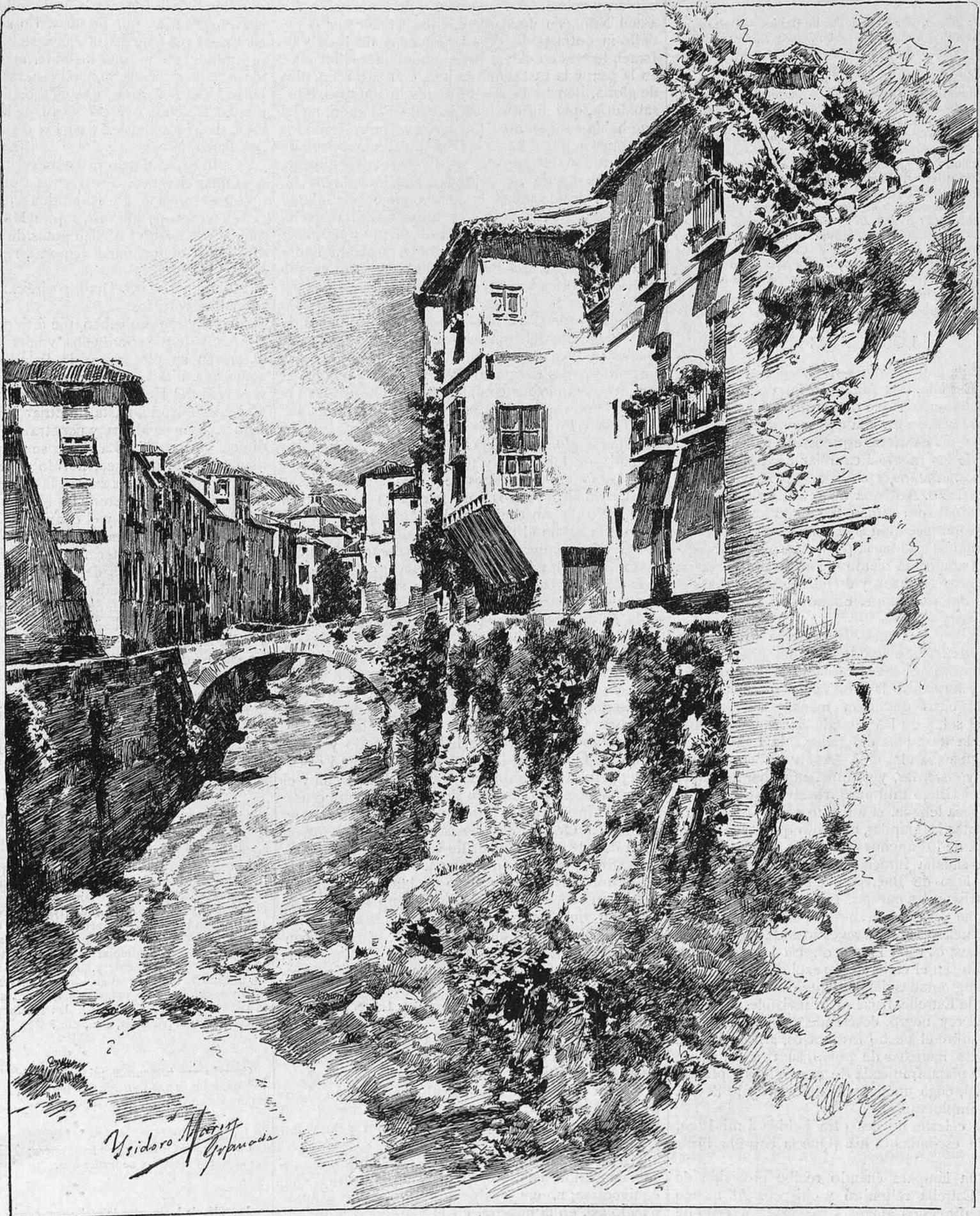
Artística

AÑO XVII

BARCELONA 10 DE ENERO DE 1898

NÚM. 837

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN RINCÓN DE GRANADA, dibujo de Isidoro Marín

ADVERTENCIA

En el presente número comenzamos la publicación de la preciosa novela de Alfonso Daudet **EL SOSTÉN DE LA FAMILIA**, cuya traducción aparece en nuestro periódico al mismo tiempo que se publica en París el original francés.

El interés que siempre han tenido las obras del afamado novelista sube de punto tratándose de **EL SOSTÉN DE LA FAMILIA**, por ser esta la última producción de su autor, el testamento literario, por decirlo así, del escritor ilustre, de cuya pluma han salido joyas tan valiosas como «El Inmortal», «Fromont joven y Risler mayor», «El Nabab», «Numa Roumestán», «Safo», «Jack» y tantas otras que figuran entre las mejores de la literatura francesa contemporánea.

Para ofrecer á los lectores de **LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA** la traducción española de esta novela no hemos reparado en los sacrificios que ello nos imponía, comprendiendo que á esto y mucho más nos obliga el constante favor que el público nos dispensa.

SUMARIO

Texto.—*Los Magos*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos*, por Antonio Rubinstein. — *La infanta Isabel*, por Teodoro Baró. — *John Singer Sargent*. — *El rey malo*, por Manuel Amor Meilán. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *El sostén de la familia*, novela de Alfonso Daudet, con ilustraciones de Marchetti. — *Pintura y dibujos de Alejandro de Riquer*. — *El viento y las olas*, por E. C. Guillaume. — Libros recibidos.

Grabados.—*Un rincón de Granada*, dibujo de Isidoro Marín. — *S. A. R. la infanta Doña María Isabel*. — *Las primeras joyas*, cuadro de Mateo Balasch. — *La Adoración de los Reyes Magos*, dibujo de Triadó. — *El pintor inglés John Sargent*. — *Los profetas Miqueas, Haggeo, Malaquías y Zacarías*. — *Luneto de la Biblioteca de Boston*. — *Astarté*, pinturas de John Sargent. — *Los Reyes*. — *El sueño de una pobre*. — *El despertar de un rico*, dibujos de Méndez Bringa. — *D. Enrique Segura Campoy*. — *Sr. Fernández de Castro*. — *D. José M.ª Serrate*. — *La Poesía*. — *Pintura decorativa*. — *La Música*, obras de A. de Riquer. — *País granadino*, óleo de R. Santa Cruz. — *En el harén*, cuadro de Antonio Fabrés.

LOS MAGOS

En su viaje, guiados día y noche por el rastro de luz de la Estrella, los Magos, á fin de descansar, quisieron detenerse al pie de las murallas de Samaria, que se alzaba sobre una colina, entre bosquetes de olivos y setos de cactus espinosos. Pero un instinto indefinible les movió á cambiar de propósito: la ciudad de Samaria era el punto más peligroso en que podían hacer alto. Acababa de reedificarla Herodes sobre las ruinas que habían hacinado los soldados de Alejandro el macedón siglos antes, y la poblaban colonos romanos que hacía poco trocaron la espada corta por el arado y el bieldo: gente toda á devoción del sanguinario Tetrarca, y dispuesta á sospechar del extranjero, del caminante, cuando no á despojarle de sus alhajas y viáticos.

Siguieron, pues, la ruta, atravesando los campos sembrados de trigo, evitando la doble hilera de eriguadas columnas que señalaba la entrada triunfal de la ciudad, y buscando la sombra de los olivos y las higueras, el oasis de algún manantial argentino. Abrasaba el sol, y en las inmediaciones de la villita de Betulia la desnudez del paisaje, la blancura de las rocas, quemaban los ojos. «Ahí no encontraremos sino pozos y cisternas, y yo quisiera beber agua que brotase á mi vista,» murmuró, revolviendo contra el paladar la seca lengua, el anciano rey Baltasar, que tenía sedientas las pupilas, más aún que las fauces, y se acordaba de los anchos ríos de su amado país del Irán, de la sabana inmensa del Indo, del fresco y misterioso lago de Bactegán, en cuyas sombrías márgenes triscan las gacelas. La llanura, uniforme y monótona, se prolongaba hasta perderse de vista: campos de heno, planicies revestidas de espinos y de malas hierbas, es todo lo que ofrecía la perspectiva del horizonte; en el cielo, de un azul de ultramar, las nubes ensangrentadas del poniente devoraban el resplandor de la Estrella, haciéndola invisible. Entonces Melchor, el rey negro, desciende de su montura, y cruzando sobre el pecho los brazos, arrodillándose sin reparo de manchar de polvo su rica túnica de brocado de plata, franjeada de esmeraldas y plumas de pavo real, coge un puñado de arena y lo lleva á los labios, implorando así:

— Poder celeste, no des otra bebida á mi boca, pero no me escondas tu luz. ¡Que la Estrella brille de nuevo!

Como una lámpara cuando recibe provisión de aceite, la Estrella relumbró y chispeó. Al mismo tiempo los otros dos Magos exhalaban un grito de alegría: era que se avistaban las blancas mansiones y los grupos de palmeras seculares de Eu-Ganim. En

Palestina ver palmeras es ver la fuente. Gozosa se dirigió la comitiva al oasis, y al descubrir el agua, al escuchar su refrigerante murmullo, todos descendieron de los camellos y dromedarios, y se postraron dando gracias, mientras los animales tendían el cuello y el hocico, venteando los húmedos efluvios de la corriente. Así que bebieron, que colmaron los odres, que se lavaron los pies y el rostro, acamparon y durmieron apaciblemente allí, bajo las palmeras, á la claridad de la Estrella, que refulgía apacible en lo alto del cielo.

Al alba dispusieronse á emprender otra vez la jornada en busca del Niño. La mañana era despejada y radiante; los rebaños de Eu-Ganim salían al pastoreo, y las innumerables ovejas blancas, moviéndose en la llanura, parecían ejércitos fantásticos. La proximidad de la comarca en que se asienta Jerusalén se conocía en la mayor feracidad del terreno, en la verdura del tupido musgo, en la copia de hierba y florecillas silvestres, que no había conseguido marchitar el invierno. Baltasar y Gaspar reflexionaban, al ritmo violento del largo zancajear de sus monturas. Pensaban en aquel Niño, rey de reyes, á quien un decreto de los astros les mandaba reverenciar y adorar, y colmar de presentes y de homenajes. En aquel Niño, sin duda alguna, iba á reflorar el poderío incontrastable de los monarcas de Judá y de Israel, leones en el combate, gobernantes felicísimos en la paz; y la vasta monarquía, con sus recuerdos de gloria, llenaba la mente de los dos Magos. ¡Qué sabiduría, qué infusa ciencia la de Salomón, aquel que había subyugado á todos sus vecinos, desde los Faraones egipcios hasta los comerciales emporios de Tiro y Sidón; el que construyó el Templo gigante, con sus mares de bronce, sus candelabros de oro, su terrible y velado tabernáculo, sus bosques de columnas de mármol, jaspe y serpentina, sus incrustaciones de corales, sus chapeados de marfil! ¡Qué magnificencia la del que deslumbró con su recibimiento á la reina de Saba, á Balkis la de las aromas, la que traía consigo los tesoros del Oriente y las rarezas venidas de las tres partes del mundo, recogidas sólo para ella y que ella arrojaba, envueltas en paños de púrpura, al pie del trono del rey! Cerrando los ojos, Baltasar y Gaspar veían la escena, contemplaban las sartas de perlas desgranándose, los colmillos de elefante ostentando sus complicadas esculturas, los pebeteros humeando y soltando nubes perfumadas, los monillos y los faisanes jugando, los citaristas y arpistas tañendo, y Balkis, envuelta en su larga túnica bordada de turquesas y topacios, protegida del sol por los inmensos abanicos de pluma, adelantándose con los brazos abiertos para recibir en ellos á Salomón... No podían dudarle; el Niño á quien iban á adorar sería, con el tiempo, otro Salomón, más grande, más fuerte, más opulento, más docto que el antiguo. Sometería á todas las naciones; ceñiría la corona del universo; y bajo su solio salpicado de diamantes, se postraría la opresora ciudad del Lacio: sí, la ávida loba romana lamería, domada, los pies de aquel Niño prodigioso...

Mientras rumiaban tales ideas, la Estrella desaparecía, extinguiéndose. Encontráronse perdidos, sin guía, en la dilatada llanura. Miraron en torno y con sorpresa advirtieron que se había separado de ellos Melchor. Una niebla densa y sombría, alzándose de los pantanos y esteros, les había engañado y extrañado, de fijo. Turbados y tristes, probaron á orientarse; pero la costumbre de seguir á la Estrella y el desconocimiento completo de aquel país que cruzaban eran insuperables obstáculos para que lograsen su intento. Ocurrióseles buscar un guía, y clamaron en el desierto, porque á nadie veían, ni se vislumbraba rastro de habitación humana. Por fin, aparecióse un pastor muy joven, vestido de lana azul, sujeto á la frente el ropaje con un rollo de lino blanco. Y al escuchar que los viajeros iban en busca del Niño rey, el rústico sonrió alegremente y se ofreció á conducirles.

— Yo le adoré la noche en que nació..., dijo transportado.

— Pues llévanos á su palacio, y te recompensaremos.

— ¡A su palacio! El Niño está en una cuevecilla, donde solemos recoger el ganado cuando nieva.

— Qué, ¿no tiene palacio? ¿No tiene guardias?

— Una mula y un buey le calientan con su aliento..., respondió el pastor. Su madre y su padre, el carpintero Josef de Nazareth, le cuidan y le velan amorosos...

Gaspar y Baltasar trocaron una mirada que descubría confusión, asombro y recelo. El pastor debía de equivocarse; no era posible que tan gran rey hubiese nacido así, en la miseria, en el abandono. ¿Qué harían? ¿Si pidiesen consejo á Melchor? Pero Melchor, envuelto en la niebla, caminaba con paso firme; la

Estrella no se había oscurecido para él. Hallábase ya á gran distancia, cuando por fin oyó las voces, los gritos de sus compañeros. «¡Eh, eh, Melchor! ¡Aguárdanos!» El Mago de negra piel se detuvo, y clamó á su vez: «Estoy aquí, estoy aquí...»

Al juntarse por último la caravana, Melchor divisó al pastorcillo y supo las noticias que daba del Niño rey. «Este pobre zagal nos engaña ó se engaña — exclamó Gaspar, enojado. — Dice que nos guiará á un establo ruinoso, y que allí veremos al hijo de un carpintero de Nazareth. ¿Qué piensas, Melchor? El carpintero Baltasar teme que aquí corramos grave peligro, pues no conocemos el terreno, y si nos aventuramos á preguntar infundiremos sospechas, seremos presos y acaso nos recluya Herodes en sus calabozos subterráneos. La Estrella ya no brilla, y nuestro corazón desmaya.»

Melchor guarda silencio. Para él no se había ocultado la Estrella ni un segundo. Al contrario: su luz se hacía más fulgente á medida que adelantaban, que se aproximaban al establo. Y en su imaginación, Melchor ya le veía: una cueva abierta en la caliza, un pesebre mullido con paja y heno, una mujer joven y celestialmente bella agasajando á un Niño tiernecito, que tiembla de frío; un Niño humilde, rosado, blanco, que bendice, que no llora. Lo singular es que la cueva, en vez de estar oscura, se halla inundada de luz, y que una música inefable, apenas perceptible, idealmente delicada y melodiosa, resuena en sus ámbitos. La cueva parece que es toda ella claridad y armonía. Melchor oye extasiado; se baña, se sumerge en la deliciosa música y en los resplandores de oro que llenan la caverna y cercan al Niño.

— ¿No oyes, Melchor? Te preguntamos si debemos continuar el viaje... ó volvemos á nuestra patria, por no ser encarcelados y oprimidos aquí.

— Y vosotros, ¿no oís?, repite Melchor, por cuyas mejillas de ébano resbalan gotas de dulce llanto.

— Nada oímos, nada vemos..., responden los dos Magos afligidos.

— Orad, y veréis... Orad, y oiréis... Orad, y Dios se revelará á vosotros.

Magos y séquito echan pie á tierra, extienden los tapices, y de pie sobre ellos, vuelta la cara al Oriente, elevan su plegaria. Y la Estrella, poco á poco, como una mirada de moribundo que se reanima al ver cerca del lecho á un ser querido, va encendiéndose, destellando, hasta iluminar completamente el sendero, que se alarga y penetra en la montaña, en dirección de Belén. La niebla se disipa; el paisaje es risueño, pastoril, fresco, florido á pesar de la estación; claros arroyillos surcan la tierra, y resuena, como en mayo, el gorjeo de las aves, que acompaña el tilinteo de la esquila y el cántico de los pastores, recostados bajo los terebintos y los cedros siempre verdes. Los Magos, terminada su plegaria, emprenden el camino llenos de esperanza y de seguridad. Una cohorte de soldados, á caballo, se cruza con la caravana: es un destacamento romano, y van arrogantes y belicosos; el sol saca chispas de sus corazas y yelmos; ondean las crines, flotan las banderolas, los cascos de los caballos hieren el suelo con provocativa furia. Los Magos se detienen, temerosos. Pero el destacamento pasa á su lado y ni da muestras de notar su presencia. Ni pestañean, ni vuelven la cabeza, ni advierten nada.

— Van ciegos — exclama Melchor; y los Magos aprietan el paso, mientras se aleja la cohorte.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS

Los cantantes disfrutan de una posición privilegiada respecto de los demás artistas, no sólo desde el punto de vista de las relaciones sociales, sino que también y muy especialmente bajo el aspecto económico, posición privilegiada que no guarda proporción con los esfuerzos y servicios que de ellos se exige, comparándolos con los que se exigen de los artistas instrumentales, por ejemplo. Para disimular esta desigualdad se dice que la voz puede perderse fácilmente y que, por lo mismo, mientras dura es preciso hacerle aquellas concesiones excepcionales. Pero ¿por ventura no son mucho más frecuentes que la pérdida de la voz las heridas en los dedos, las fracturas de las manos, el reumatismo, la parálisis, etc., etc.?

*

*

Cuando me preguntan mi opinión la digo sin ambages ni rodeos, aunque sea mortificante para el que me la pide; pero si no me incitan á ello, no la digo nunca.

*

*

Oigo muchas cosas y veo muy pocas; ó dicho más claramente: se habla mucho y se hace poco.

*

*

La valía de los poetas la estimo yo según los tipos femeninos que han creado; por esto en mi concepto Shakespeare y Goethe son los poetas más grandes.

ANTONIO RUBINSTEIN



LA INFANTA ISABEL

Si escribiéramos: «S. A. R. la infanta Doña María Isabel Francisca de Asís de Borbón,» acaso no se sabría á quién nos referimos; pero diciendo: «la infanta Isabel,» todo el mundo lo sabe, porque es la infanta por antonomasia, y los españoles hemos acabado por suprimir el A. R. y hasta el doña, y la llamamos la infanta Isabel, con lo cual en nada disminuye el respeto, pero gana en intensidad la expresión del afecto.

Es la estatura más que mediana, la figura esbelta, y hay en sus facciones el reflejo de un natural bondadoso, inteligencia viva, concepción rápida; son los ojos escrutadores, pero la intensidad de sus pupilas no molesta á la persona á quien escudriñan, porque la atenúa una benévola sonrisa, que alienta á quien tiene la honra de hablarla. Su conversación es animada, la frase exacta, la observación pertinente; es muy española su manera de sentir y de expresarse, y resulta más grata á sus oídos la espontaneidad del corazón que la exageración de la cortesanía. La música la entusiasma; no hay autor clásico ni moderno que le sea desconocido, y sabe apreciar los matices de la ejecución como el más perspicaz crítico; es inteligente en pintura, como lo atestigua el cuarto donde recibe, en el que se admiran cuadros firmados por artistas célebres, entre ellos alguno catalán. En otro aposento contiguo hay un rintero de libros, en el cual se encuentran los últimos publicados, así en España como en el extranjero, leídos por la infanta; y en una de las paredes se ve una fotografía en la que están retratadas la hoy reina regente y la infanta, ambas de pie, con una tan expresiva como original dedicatoria del malogrado D. Alfonso XII, que prueba cuánto quería á la reina y á su hermana.

En aquella fotografía, que es una manifestación de la vida íntima de palacio, están unidas las dos augustas personas; pero así en vida de D. Alfonso como ahora, y más ahora que antes por tratarse de una regencia, ha cuidado la infanta de respetar, no sólo en el fondo, sino también en la forma, todas las exigencias, y hasta las apariencias, del régimen constitucional, para que ni el más malicioso pudiera sospechar en ella un tenue propósito de intervenir directa ó indirectamente en la gobernación del Estado; y tan á la exageración lleva el cumplimiento de éste, que para ella es un deber, que sacrifica el afecto á la conveniencia política, manteniéndose alejada del trono siempre que la etiqueta no la obliga á ocupar junto á él el puesto que corresponde á la que dos veces ha ostentado el título de princesa de Asturias. Revela tal conducta el exquisito tacto que distingue á las personas en quienes un gran corazón está guiado por una inteligencia privilegiada, y de ella recibe el premio la infanta en la estimación pública y en el hecho de que, á pesar de que en nuestras luchas políticas la pasión hace que con frecuencia se traspan los límites de lo lícito, jamás se mezcla en ellas el nombre de S. A. En cambio acepta todos los deberes de su elevada posición, y comprendiendo el carácter de nuestra época, procura aumentar el prestigio del trono por medio de aquella adhesión robustecida por la gratitud, que así se alcanza con una petición atendida como con una frase de esperanza ó cortesía

y también haciendo acopio de paciencia para escuchar las tonterías de la vanidad y las quejas de la contrariedad; tarea que realiza recibiendo á innumerables personas, presidiendo juntas y oyendo á todos, sin que jamás se transparente en su gesto el cansancio ó el aburrimiento, aunque muchas veces debe sentirlos S. A.

Se requiere especial ingenio para ser agradable en

amiga de la infancia, la marquesa de Nájera, y como no regresara á la hora de costumbre, comenzó la alarma en palacio, que aumentó y se extendió por Madrid á medida que avanzó la noche. Inquieta la reina regente, dispuso que saliera gente á explorar el Pardo, y los exploradores encontraron á S. A. y á las pocas personas que la acompañaban en pleno monte, resguardadas del frío del mejor modo que supieron, esperando que terminase la reparación de una avería del carruaje para volver á palacio, adonde no se había podido mandar aviso por no haber quien lo llevase, y porque dada la distancia se creyó que antes que la noticia llegara y se enviara otro carruaje, ya estaría hecha la reparación.

En otra ocasión salió S. M. la reina regente en coche, acompañada de la infanta, con el propósito de dar un paseo por los campos de Madrid, guiando el cochero poco menos que al azar, porque no le eran conocidos los sitios que deseaban recorrer las augustas personas; y ocurrió que cuando se trató de regresar á la villa comenzó el cochero á sudar la gota gorda, y después de muchas vueltas y revueltas, manifestó muy acongojado á la reina que no lograba dar con el camino que conducía á Madrid. Miraron en todas direcciones en busca de una persona á quien interrogar, porque caía la tarde, y al cabo de un rato vieron á un leñador que iba en sentido opuesto llevando una pesada carga de leña, un azadón y unas alforjas. De orden de S. M. llamó el cochero al leñador, que había pasado de la edad madura y se hallaba en la vejez, y le dijo la infanta:

— Buen hombre, ¿quiere hacer el favor de decir hacia dónde está el camino de Madrid?

El viejo, que resultó muy marrullero, contestó con calma:

— Si queréis, sus lo diré, pero tenéis que llevarme en el coche la leña, el azadón, las alforjas y á mí.

No pudo contener la risa la infanta al oír la petición; también sonrió la reina, y doña Isabel dijo con acento bondadoso al leñador:

— ¡Todo eso es mucha carga! Llevaremos en el pescante la leña y el azadón, pero las alforjas llévalas al hombro, que no resultará gran peso.

No se avino el viejo, y contestó con aire resuelto: — Como no hagáis ustedes lo que digo, pus no digo cuál es el camino de Madrid.

Y al terminar su ultimátum, volvió las espaldas y á buen paso emprendió de nuevo su camino. Se miraron sonriendo la reina y la infanta, quienes convinieron en que no había más remedio que conformarse, y dieron orden de que otra vez se llamara al viejo, que colocó la leña, el azadón y las alforjas en el pescante y de un salto se subió en el carruaje, acomodándose cerca del cochero. Una vez en el camino real, la infanta gratificó al leñador y le encargó que fuese al día siguiente á palacio y preguntara por ella. El pobre viejo, atribulado al saber que aquellas señoras eran la reina y la infanta, que no sólo había ido en su coche, sino que había cargado en él la leña, el azadón y las alforjas, resbaló tembloroso al pisar el estribo para apearse, y dió una caída, por fortuna sin que se causara daño alguno, y después estuvo saludando con el sombrero, plantado en el camino, hasta perder el coche de vista.

La infanta pasa el verano en la Granja, cuya colo-



S. A. R. la infanta Doña María Isabel Francisca de Asís de Borbón
(de fotografía de F. Debas, de Madrid)

la conversación; mas cuando se habla con todas las eminencias españolas y extranjeras, y después de la dama se recibe al ministro, y luego á un diputado de oposición que penetra al salir un ministerial, y sigue un músico que solicita el concurso de la infanta para un concierto; detrás un poeta que le ofrece su último libro; á continuación un pintor, después un general que regresa de Cuba, y un marino que quiere ofrecerle sus respetos antes de embarcarse para Ultramar; cuando acto seguido se recibe á un pretendiente, y en una palabra, á todos, desde el embajador al hombre del pueblo, desde la duquesa á la cigarrera, ya no basta el ingenio, ni siquiera el talento, sino que se requiere algo muy excepcional para conversar con personas que en nada se parecen, de posición, ilustración, aspiraciones é ideales tan distintos, adivinar el estado de ánimo de cada cual y hallar para cada una la frase que deja agradable recuerdo, porque en este mundo en todos se comprende un rato de mal humor y una respuesta seca, excepción hecha de las personas de regia estirpe. La infanta jamás habla ni consiente que le hablen de política.

Todo lo que es arte encanta á S. A., que también gusta de la equitación y de la caza. No hace mucho fué á cazar al Pardo, acompañada de su fiel dama,

nia saluda con alegría su llegada, porque la animación aumenta, las jiras comienzan y se inauguran las cacerías en Ríofrío. De la Granja sale de vez en cuando para visitar alguno de los pueblos vecinos, cuidando de no molestar á nadie, guiando con mano experta por las revueltas del Guadarrama el carruaje tirado por cuatro briosas jaquitas, que no siempre puede penetrar en las aldeas. No importa: S. A. se apea, se dirige á pie al pueblo, á cuya entrada la espera todo el mundo con los vestidos domingueros, porque su presencia es un acontecimiento. «Buenos días, señor cura; buenos días, señor alcalde. ¿Por qué se molestaban ustedes? ¿Les parece á ustedes que sigamos andando?» Ya está roto el hielo de la turbación, y encantados los lugareños rodean y siguen á S. A., diciéndose que es muy buena la infanta, que contesta á los saludos con sonrisas y con aquel tan expresivo mirar de sus ojos. Si encuentra á alguna persona conocida, se detiene para dirigirle una frase que la halague, probando que la recuerda. La primera visita es á la iglesia, y al salir de ella los del pueblo se empeñan en que la infanta vea lo más notable; y á veces lo más notable es una huerta ó una fuente de teja; y la infanta va á la fuente de teja, acompañada de todo el pueblo, prueba el agua; y si hay huerta, va á la huerta, y se entera de que en ella se dan repollos muy exquisitos, y si se empeñan en que admire algún caracol que se arrastra sobre la hoja de una berza, no deja de sonreírse la infanta y de admirar el caracol. Después viene el baile, en el cual toman parte las mozas más garridas del pueblo, ufanas de danzar ante S. A. La orquesta se reduce al tamborilero. La infanta no se cansa, goza, aprueba y tiene para todos bondadosas palabras. Antes de marcharse hace alguna dádiva, y cuando se va, dice la gente: «¡Qué buena es la infanta!» Y durante muchos días no se habla en el pueblo de otra cosa. «Habéis de saber que yo creía quedarme cortado; pero, vaya, que se me quitó el temor al oírlo, porque le dice á uno tales palabras que se le lleva la voluntad.»

Sucede á veces que por no desairar á los buenos lugareños, permanece en el pueblo hasta que la noche cierra, y también suele ocurrir que cuando el carruaje rueda por las gargantas del Guadarrama tirado por las jaquitas que beben los vientos, se desata una de agua y granizo con acompañamiento de rayos y truenos que no habría más que desear, si es que puede tener deseos de una tormenta quien está en camino. La infanta, que guía á salva mano, conserva la serenidad en medio de aquel espectáculo imponente, resiste la molestia del aguacero y no le falta humor para dirigir alguna breve frase que hace sonreír á las personas que la acompañan, más impresionadas que ella por la tempestad.

En la Granja la aguarda intranquila toda la servidumbre. «Eso no ha sido nada, dice S. A., y no había por qué alarmarse.»

Cuando los reyes regresan de San Sebastián se une á ellos en Villalba y vuelve á Madrid, donde reanuda sus tareas, entre ellas la presidencia de las

Cuando S. A. estuvo en Barcelona para visitar la Exposición, el Sr. Mañé y Flaquer publicó en el *Diario* un artículo, del cual copiamos lo siguiente: «Pocas personas de las que residen habitualmente en Barcelona están tan enteradas como la infanta doña Isabel de lo que Barcelona encierra de notable y dig-

no de estudio; y como pocas la aventajan en conocimientos técnicos y en buen gusto, pocas también habrán sacado tanto provecho como ella de esta rápida excursión. ¡Con qué entusiasmo y con qué fino criterio juzga nuestras obras de arte, los productos de nuestra industria, y sobre todo, los rasgos más salientes de nuestro carácter!

— ¡Qué pueblo este, qué pueblo!, dice á cada momento, como repitiendo en eco esa afectuosa admiración de su hermano.

«¡Su difunto hermano!; he aquí su gran pasión. Ya hemos dicho que el recuerdo de su hermano es para ella una especie de culto, y este culto toma forma externa en el amor casi idólatra á los que son hoy en la tierra la encarnación, la personificación del que pasó á mejor vida. Y este afecto es correspondido, como lo ha demostrado la reina regente confiando á la infanta su representación para distribuir los premios entre los expositores, deferencia y distinción que Barcelona estima en todo lo que vale. Para la infanta no hay mujer más virtuosa, más discreta y distinguida que la viuda de su hermano; no hay niño más hermoso ni más inteligente que el hijo de su hermano; ni niñas más preciosas y buenas que las infantas sus sobrietas... ¡Cuán bueno, generoso y entusiasta es el corazón de la infanta doña Isabel, á pesar de que hasta ahora no ha llevado otras coronas que la de la virtud y la de la desgracia, y su alma no gozó del optimismo que engendra la ventura!»

Tiene razón el señor Mañé, porque en la vida de la infanta hay muchas amarguras. Apenas apagadas las

luminarias de sus bodas, comenzó el incendio de la revolución de septiembre, y al poco tiempo los lutos de la viudez ennegrecían aún más los del alejamiento de la patria.

Vino á Madrid cuando la Restauración para cumplir al lado de D. Alfonso XII los deberes de hermana mayor; y vió morir á la malograda reina Mercedes, y vió durante mucho tiempo agonizar al llorado monarca, que con triste sonrisa pretendía ocultar los estragos de la enfermedad á su familia, de la misma manera que con sonrisas llenas de lágrimas aparentaban la reina y la infanta ignorar lo que todos sabían.

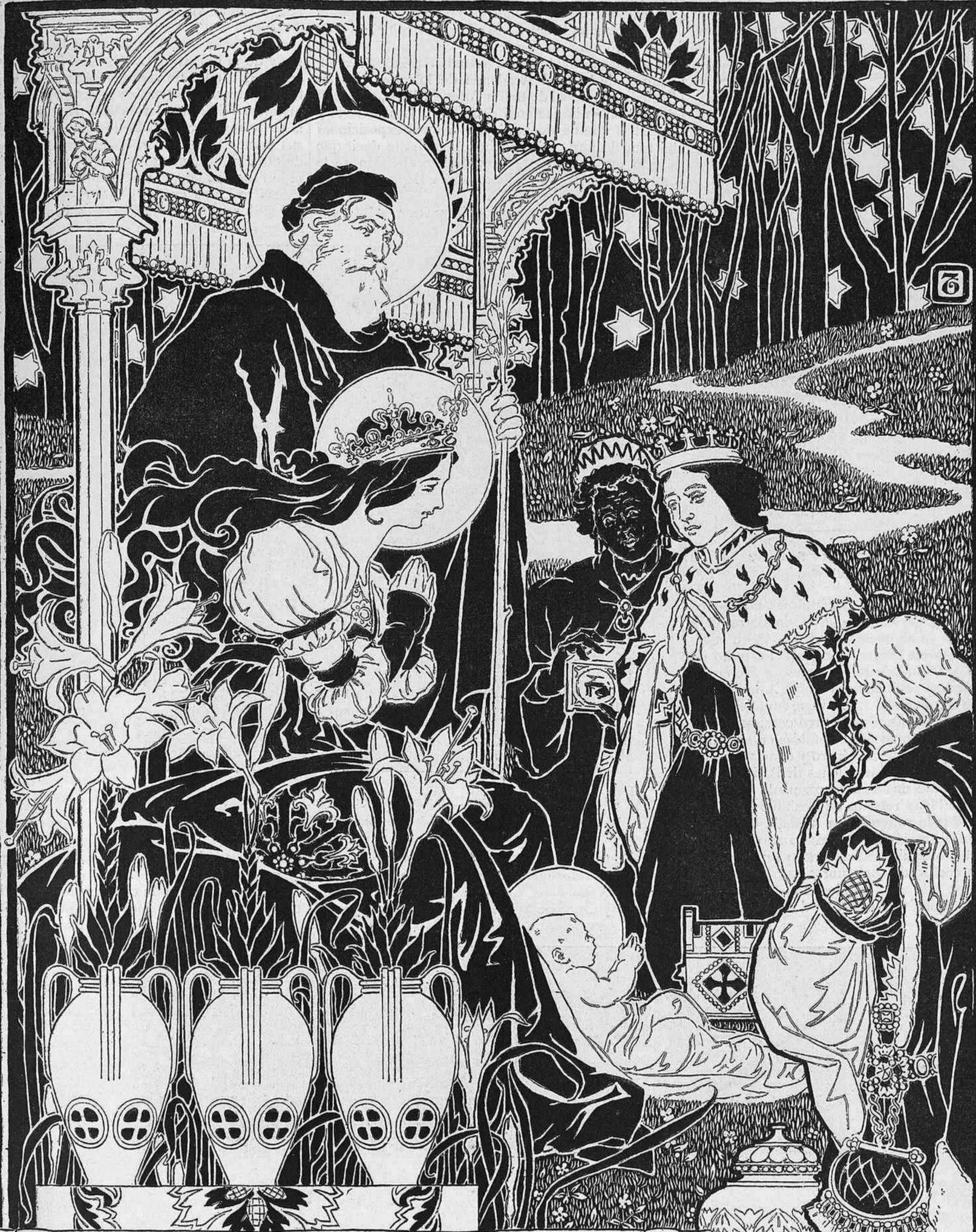
Hoy la infanta vive del recuerdo de su hermano y para amar á la viuda y á los hijos del buen rey Alfonso XII.

TEODORO BARÓ



LAS PRIMERAS JOYAS, cuadro de Mateo Balasch
premiado con mención honorífica en la Exposición de Bellas Artes de Madrid de 1897

juntas de beneficencia, formadas de señoras casi todas de la aristocracia, que gobiernan los establecimientos caritativos que dependen del Estado, en los cuales es tan excelente la administración, que ya quisiéramos verla en todo. A veces hay algún conflicto entre las señoras de la junta y el ministerio de la Gobernación, del cual dependen dichos establecimientos, porque no les da para sus pobres lo que desean ó por otra causa, y acuden en queja á la infanta, que ha de conciliar á todos. El ilustre crítico D. Manuel Cañete desempeñaba con cariño el cargo de secretario de dichas juntas, pero hay que sospechar que el insigne Censor de la Academia de la Lengua y purista consumado tendría en alguna ocasión que esforzarse por dominar su impaciencia. La infanta le miraba como si quisiera decirle: «Ya comprendo, Sr. Cañete, lo que pasa por un hombre sobre quien pesa nada menos que toda la Academia»



Gloria in ex-
-cel-
-sis Deo

LA ADORACIÓN DE LOS REYES MAGOS, dibujo de Triadó

JOHN SINGER SARGENT

Y SUS PINTURAS EN LA BIBLIOTECA DE BOSTON

El pintor Sargent, á quien las revistas norteamericanas comparan ventajosamente con Puvis de



El célebre pintor inglés JOHN SARGENT á la edad de veinte años

Chavannes y otros artistas decoradores no menos notables, nació en 1856 en Florencia, donde residían sus padres hacía ya algunos años. Educado en Italia y Alemania, el joven Sargent comenzó el estudio de su arte en la Academia de Bellas Artes de Florencia, en la cual permaneció algunos años. A los diez y ocho años de edad pasó á París, ingresando en el estudio de Carolus Durán, donde tuvo ocasión de perfeccionarse, y á los pocos años instalóse en su taller, dedicándose á la pintura de género y de retratos. En 1878 y 1879 presentó en los Salones de París algunas de sus obras, siendo una de ellas premiada con mención honorífica. Dos retratos que exhibió en la Exposición de 1881 le valieron una medalla de segunda clase y la distinción de ser declarado fuera de concurso. Al año siguiente acrecentó su naciente fama *El Jaleo*, cuadro de costumbres españolas, lleno de vida, de luz y de ambiente local.

En 1885 se trasladó á Londres, y dos años después

pasó á América, y entonces la comisión de la construcción de la Biblioteca de Boston le confió el encargo de pintar el techo del salón principal. Antes de emprender este trabajo hizo un viaje á Egipto, y de regreso en el verano de 1895 dió principio á él.

El renombre adquirido y sus obras le han valido ser elegido individuo de la Sociedad de Artistas americanos, de la Real Academia de Londres y de la Sociedad nacional de Bellas Artes de París, así como de la Academia nacional de Dibujo. Los honores y medallas que ha alcanzado en cuantas exposiciones ha tomado parte son muchos; pero baste decir que siendo artista fuera de concurso en el Salón, se le otorgó una medalla de honor en la Exposición universal de París de 1889.

Ocupándonos ahora de sus pinturas en la Bibliote-

ca de Boston, de algunas de las cuales son reproducción los grabados que incluimos en este número, diremos que éstas consisten principalmente en un friso, un luneto y un techo abovedado. El primero aparece

luchando con las del frío y el invierno, de que la serpiente es el tipo. En la decoración de este techo el arquero se destaca á un lado del zodíaco en actitud de disparar sus

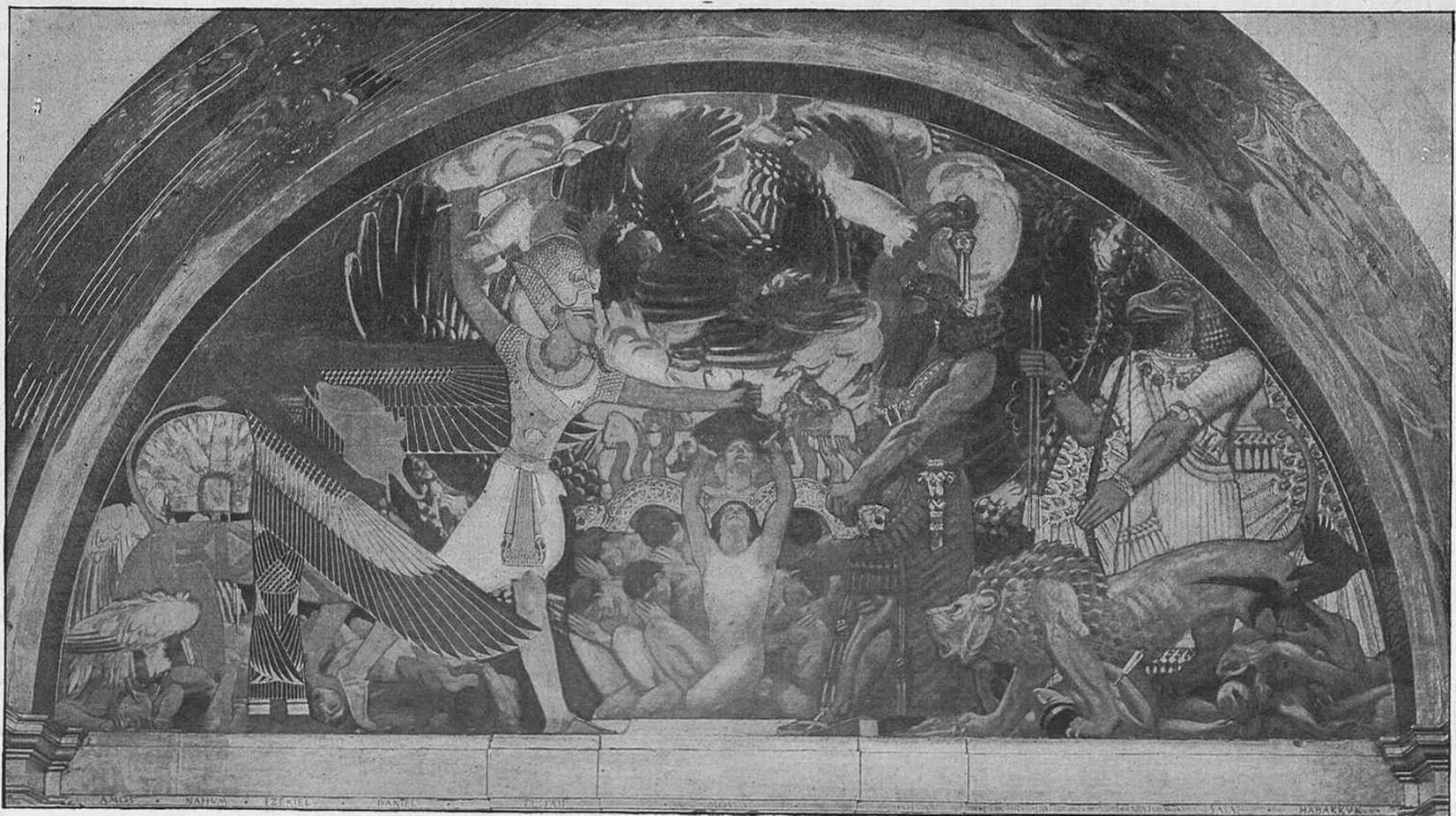


Los profetas MIQUEAS, HAGGEO, MALAQUÍAS y ZACARÍAS, pintura mural de la Biblioteca de Boston, obra de Sir John Sargent

ca de Boston, de algunas de las cuales son reproducción los grabados que incluimos en este número, diremos que éstas consisten principalmente en un friso, un luneto y un techo abovedado. El primero aparece

luchando con las del frío y el invierno, de que la serpiente es el tipo.

En la decoración de este techo el arquero se destaca á un lado del zodíaco en actitud de disparar sus



LUNETO DE LA BIBLIOTECA DE BOSTON, PINTADO POR JOHN SARGENT

flechas de modo que queden descubiertos los signos de los seis meses de calor. Al otro lado está pintada la serpiente estrujando con sus anillos el inanimado cuerpo del arquero, y ocultando á la vista los seis meses de frío. La imagen de Astarté, la amada de Adonis, ó Tammuz, ocupa la parte derecha y más baja del techo. En la parte izquierda se destaca la figura de Moloch, con cabeza de toro y cuatro brazos, sentado en su trono. El sol brilla sobre su cabeza, y á sus pies hay tres figuras de la trinidad egipcia, Osiris, Isis y Horus, padre, madre é hijo. Con dos de sus manos estruja víctimas humanas, con la tercera empuña una daga y en la cuarta sostiene un disco asirio.

En el luneto, los judíos, representados por un grupo de doce figuras desnudas, aparecen dominados por los egipcios y los asirios, personificados en un Faraón y en un rey asirio. Detrás del primero hay un montón de cadáveres de cautivos, la esfinge de Egipto y la diosa Pasht, con cabeza de leona, cuerpo de mujer y grandes alas negras y doradas. Detrás del segundo se ve el león asirio y un dios del mismo país con cuerpo de hombre y cabeza de buitre. Sobre todo está la imagen de Jehová, cuyas manos disipan las nubes y contienen á los opresores.

La gran reputación que el pintor John Singer Sargent ha alcanzado con esta obra, hace de él una de las figuras más eminentes del arte moderno, no habiendo artista americano que haya obtenido tan elevada posición en edad tan joven, ni más celebrado en París, Londres y otros centros artísticos de Europa.

EL REY MALO

Era verdadero anochecer de enero, con nieve y todo. Cuando el padre regresó á su hogar, comenzaron los muchachos á asaltarlo preguntándole qué les iban á traer los Magos de Oriente. Subíasele el uno á las rodillas, enredábasele el otro entre las piernas, tirábale aquél de la americana queriendo hacerse oír en fuerza de gritos, y todo era algazara y bulla, animación y petitorios. De repente, aquel padrazo que sonreía con aire bonachón ante tal asalto, levantóse, tiró del cajón de la cómoda y calándose el sombrero dispúsose á salir.

- ¿Adónde vas?, le preguntó la esposa, que entraba en aquel momento.

- A avisar á los Magos, mujer, y á decirles lo que quieren estos diablillos...

- Pero no tardes...

- Descuida; supongo que no estarán tan lejos, añadió el padre sonriendo con expresiva sonrisa.

* *

¡Claro que no estaban lejos! De allí al bazar, un paso... Dar la vuelta á la calle, atravesar otra más estrecha y desembocar en la del Comercio, donde los escaparates de los bazares atraían las miradas de los muchachos con sus ejércitos de muñecas y sus rimeros de caballos de cartón, trompos, soldados de plomo y juguetes de todas clases...

Pero el diablo (porque espíritu bueno no pudo ser) hizo que al cruzar la callejuela llegase á oídos de aquel padre sonriente y feliz ruido de monedas de oro, tentador y alegre...

Alzó la vista, y vió allá arriba un par de ventanas rasgadas, á través de cuyos portieres caídos se filtraba un hilo de luz, perfectamente perceptible á aquella hora, en que la noche se echaba encima y toda-

vía no se habían encendido los faroles del alumbrado público.

«Pronto empezaron hoy,» se dijo el sorprendido transeunte, é instintivamente, sin saber lo que hacía, hundió la mano en su bolsillo, estremeciéndose al contacto de las pesetejas, que se revolieron unas contra otras allá en el fondo.

Era mes de enero, el más largo para todo empleado como él, que vivía al día. Todo su dinero lo llevaba encima. Poco, porque las Pascuas y el año

locó sobre el verde tapete unas cuantas pesetas, que desaparecieron en un momento.

«Pues los reyes han de darme lo que los reyes me lleven,» se dijo. Y volvió á salir otro rey y volvieron á desaparecer otras cuantas pesetas. Iba mermándose el capitalito que daba lástima; era imposible que siguieran dándose *contrarias* con aquella tenacidad desesperante.

Quedábale la última peseta. Y volvió á salir el rey de espadas, el mismo que le había llevado las primeras pesetas. ¿Qué iba á hacer con una sola?

Y sin embargo, podía llevarse todo aquel rimerito de monedas que representarían para el pobre empleado un año de relativo desahogo.

Y la jugó... y la perdió también. ¡Ni una peseta!

* *

Los chiquillos esperaban impacientes el regreso de su padre. Tuvieron, sin embargo, que acostarse y que dormirse antes de que éste regresara de la *chirlata*. El buen hombre, que no tendría inconveniente en presentarse ante su esposa y contarle la verdad de lo sucedido, temblaba como un azogado sólo ante la idea de que al regresar á su casa los pequeñuelos habían de preguntarle por el consabido presente.

- ¡Mi muñeca!

- ¡Mi caballo!

- ¡Mis soldados!

Y era que ya no había ni soldados, ni caballo, ni muñeca.

Regresó tarde, muy tarde, después de ver cómo los banqueros se levantaban con las ganancias. No sabía cuánto eran éstas, pero no debían ser pocas, porque les vió recoger y recoger monedas - ¡entre ellas las suyas! - y retirarse á contarlas á la luz de una bujía en una habitación inmediata y oscura.

Regresó á su casa, y su esposa, temiendo lo sucedido, le interrogó, le sonsacó, hasta que el pobre hombre hubo de confesar la verdad y de plano, claro, clarito...

La esposa se deshizo en un mar de lágrimas. ¡Aquellas pesetas, que representaban unos cuantos días que se había pasado el marido sudando la gota gorda sobre el pupitre!

Y es que no suelen las mujeres mirar la cantidad, sino lo que ésta representa: la calidad. No miran tanto á lo que se ha perdido cuanto al trabajo que ha costado el ganarlo...

Al día siguiente, los pequeñuelos, sin temor al frío, fueron á buscar los regalos que debían esperarles tras los cristales de la galería en sendos zapatitos... ¡Nada! Miráronse los unos á los otros con extrañeza y corrieron á despertar á su padre.

Abrió el buen hombre las mal unidas pestañas, y leyendo en los ojos de sus hijos lo que pasaba, adivinando su honda pena en aquellos ojazos que le miraban como espantados, no encontró otras palabras que estas:

- Los Magos os traían los soldados, la muñeca y el caballo, ¿sabéis? Pero en el camino les salió al paso otro rey, un rey malo, un rey negro... ¿No visteis el periódico que mamá os enseñó ayer donde había un rey negro y de mala cara? Pues aquél, aquél fué el que les salió al encuentro y les robó el caballo, la muñeca y los soldados que traían para vosotros...

Y dando una vuelta en redondo, no queriendo ver las lágrimas de sus hijos, se arrebujó entre las sábanas y rompió á llorar como un chiquillo.

MANUEL AMOR MEILÁN



ASTARTÉ, TECHO PINTADO POR JOHN SARGENT PARA LA BIBLIOTECA DE BOSTON

nuevo habían exigido un pellizco relativamente de común. De sobra sabía el habilitado que dentro de pocos días recibiría un sablazo de aquel y otros funcionarios. Era la costumbre y no se podían pedir imposibles. Ya que esto era inevitable, el padre en cuestión habíase llevado cuanto en casa tenía - una miseria después de todo, - porque quería que fuese verdaderamente regio el regalo que *los reyes* hicieran á aquellos chiquillos en los cuales adoraba. Pero ¿y si podía lograrlos sin tener que echar la mano á la gaveta? Pues siempre serían unos cuantos días más de desahogo, y no tendría que apelar al préstamo tan pronto, y aun cuando esto fuese, siempre sería más limitado... ¿Qué no aconsejaría la tentación á aquel padrazo para hacerle subir las oscuras escaleras de la *chirlata*?

* *

Y las subió. Penetró en el *cuarto del crimen* en el preciso momento en que el banquero daba la voz de «juego.» Tiráronse las cartas. Y salió un rey. El de espadas. El pobre padre echó mano al bolsillo y co-



LOS REYES.—EL SUEÑO DE UNA POBRE, dibujo de Méndez Branga



LOS REYES. — EL DESPERTAR DE UN RICO, dibujo de Méndez Bringa

NUESTROS GRABADOS

El general de brigada D. Enrique Segura Campoy.—La figura de este bizarro militar es una de las más salientes entre las muchas que se han distinguido en la guerra de Cuba: su nombre acompaña los más brillantes hechos de armas y en su pecho ostenta el Sr. Segura las pruebas de su heroico comportamiento. Después de una larga campaña el general Segura regresa á la península á restablecer su salud y á lograr el descanso que tan bien ganado tiene.



El general de brigada D. ENRIQUE SEGURA CAMPOY
(de fotografía de J. A. Suárez y C.^ª, de la Habana)

Un rincón de Granada, dibujo de Isidoro Marín.—Consecuente el pintor granadino Sr. Marín en su laudable propósito de dar á conocer cuanto encierra de carácter típico ó pintoresco su ciudad nativa, ha ejecutado el bonito dibujo á la pluma que reproducimos en la primera página de este número, bello en su composición, como encantadora es la que fué señora de un reino, y aún conserva en sus monumentos rasgos de su grandeza. Inagotables temas hallará nuestro amigo en la hermosa Granada, pues quizás es la población española que más asuntos ofrece al artista, ya en los tipos, ya en sus construcciones y hasta en sus amenísimos cármenes, en donde tantos poetas se inspiraron. Bien hace Isidoro Marín en poner al servicio de su país su inteligencia y aptitudes, puesto que al cumplir con un deber esencialísimo hallará siempre medio de avalorar sus méritos.

Las primeras joyas, cuadro de Mateo Balasch.—El pensamiento en que se inspiró el autor de este lienzo no puede ser más sentido ni estar interpretado con mayor acierto. Para consagrar los castos amores de aquellos dos campesinos, ¿qué mejores joyas que las primeras flores y las primeras frutas con que la naturaleza se engalana al recibir los besos de la primavera? Si la idea es bellísima, no lo es menos la forma que el pintor ha sabido darle: en medio de aquel campo cubierto de sus más hermosas galas, las figuras de los dos amantes destacan con verdadero vigor artístico, constituyendo un grupo lleno de poesía y de verdad. *Las primeras joyas* figuró en la última exposición general de Bellas Artes celebrada en Madrid, y además de obtener los aplausos del público y los elogios de la crítica, fué premiado con mención honorífica.

La Adoración de los Reyes Magos, dibujo original de José Triadó.—El precioso dibujo que reproducimos en estas páginas ha sido para nosotros y será para cuantos lo examinen una verdadera revelación, puesto que no se había dado á conocer en este género de composiciones el discreto pintor catalán Sr. Triadó, á quien veíamos siempre inspirándose en asuntos de marcado sabor naturalista ó bien en conceptos de melancólico y tético simbolismo. Esta nueva fase del artista nos le da á conocer en un aspecto más complejo y nos revela aptitudes que desconocíamos. Y justo es confesar que Triadó se presenta en una forma tan cumplida como inesperada, colocándose de momento en tan ventajoso lugar, que estimamos no han de escasearsele los aplausos que con nosotros le tributarán los amantes del verdadero arte. En la nueva producción á que nos referimos, concebida y ejecutada con señalado acierto, vese el sello de lo clásico y el propósito de huir de esas fantasías, hoy tan en boga, que á fuerza de querer presentarse sus autores como originales, rayan en lo extravagante é inexplicable. Bien hará Triadó en proseguir por tal senda, en la que hallará señalados triunfos y lisonjeros resultados.

Los Reyes.—El sueño de una pobre. El despertar de un rico, dibujos de Méndez Bringa.—Las dos bellísimas páginas trazadas por el distinguido dibujante señor Méndez Bringa forman un contraste de los que llegan á lo más hondo del alma, tanto más, cuanto que las escenas que lo constituyen no son producto de la fantasía del artista, sino expresión fiel de la vida real. De un lado, la niña pobre á quien la noche sorprende en su peregrinación errante, en medio de un camino solitario y cubierto de nieve: el hambre, el frío, el cansancio vencen sus escasas energías, y rendida por el sueño, su imaginación le hace ver el brillante cortejo de los Reyes Magos que por su lado pasan sin dejarle ni uno solo de los innumerables juguetes de que son portadores. De otro, el niño mimado por la fortuna, que al despertar de su tranquilo sueño incorpora sobre el lujoso y confortable lecho y contempla las preciosidades con que sus Reyes le han obsequiado, si no con indiferencia, con el poco entusiasmo hijo de la costumbre de ver satisfechos, no sólo en aquel día, sino en todos los del año, sus menores caprichos. De todas las desigualdades que sobre la humanidad han pesado, pesan y pesarán fatalmente, es esta sin duda alguna la más desconsoladora. ¡Y tan fácil como sería remediarla, con sólo que los Reyes de los niños ricos apartasen el más modesto de los presentes que á éstos aportan y lo reservasen para un niño pobre! ¡Pidamos al cielo que esta desigualdad desaparezca, y que con un pequeño sacrificio de los que todo lo tienen pueda proporcionarse unos momentos de alegría á las infelices criaturas que carecen de todo!

En el harén, cuadro de Antonio Fabrés.—Cuando una y otra vez se reproducen los elogios á un artista, se corre el peligro de que se estimen parciales las alabanzas; pero si el artista ocupa en el mundo del arte el elevado puesto que con su talento ha sabido conquistarse el Sr. Fabrés, aquel peligro no existe, porque la fama ha consagrado su nombre y la crítica no hace más que recoger y condensar lo que el público en masa pregona. Sin temor, pues, de que nos tachen de parciales podemos hoy ensalzar una vez más á nuestro querido colaborador, sin que para ello nos sea preciso señalar las bellezas del precioso cuadro que en la página 40 reproducimos, porque estas bellezas saltan á la vista, ya que las obras del Sr. Fabrés son de las que se imponen á inteligentes y profanos.

El jefe de policía de la Habana Sr. Fernández de Castro.—El importante puesto que desempeña en la capital de la isla de Cuba el Sr. Fernández de Castro demuestra



SR. FERNÁNDEZ DE CASTRO, Jefe de Policía de la Habana
(de fotografía de J. A. Suárez y C.^ª, de la Habana)

en cuánto son estimadas sus dotes de inteligencia, valor y actividad: cargo delicadísimo y de gran confianza, el simple hecho de desempeñarlo á satisfacción de las autoridades superiores constituye el mejor elogio para el que con él ha sido honrado.

Paisaje granadino, cuadro de R. Santa Cruz.—Varias veces nos hemos ocupado de las bellezas que encierra Granada con sus alrededores y de los atractivos que ofrece á los artistas: el Sr. Santa Cruz ha sabido sentirlos y darles forma en el bonito cuadro que reproducimos, en cuya ejecución se advierten detalles que acreditan á su autor de verdadero artista.

D. José M. Serrate, retrato dibujado por José M. Marqués.—Era el Sr. Serrate hombre de vastos conoci-

mientos y periodista inteligentísimo: en su trato revelábase la viril franqueza y la noble hidalguía características de los aragoneses de pura raza, y en sus escritos adivinábase la energía del



D. JOSÉ M.^a SERRATE,
distinguido periodista fallecido en 29 de diciembre de 1897,
dibujo de José María Marqués

antigo militar y la precisión y sobriedad propias del consumario matemático. Sus campañas económicas y políticas en el *Diario del Comercio*, cuya dirección desempeñó con tanto acierto, serán siempre recordadas con elogio por cuantos se interesan por la prosperidad de nuestra patria y por los trascendentales problemas de cuya resolución depende el porvenir de la misma. A sus excepcionales dotes de hombre público unía el señor Serrate un carácter leal y cariñoso que le conquistaba las simpatías de cuantos se honraban con su amistad: entre éstos nos contábamos, y al publicar hoy su retrato, obra del reputado artista Sr. Marqués, dedicamos un homenaje de admiración al periodista y un recuerdo de afecto al amigo querido.

MISCELÁNEA

Teatros.—Madrid.—Se han estrenado con buen éxito: en la Princesa *El escondrijo*, juguete cómico en tres actos, muy bien arreglado del francés por el notable periodista madrileño D. Joaquín Arimón; en la Comedia *Las niñas de Villagorda*, zarzuela en un acto de Jackson Veyan, con bonita música de Torregrossa y Valverde; en Lara *Las travesuras de Figaro*, comedia en dos actos y cuatro cuadros, escrita sobre el pensamiento de la obra de Beaumarchais por los Sres. Flores García y Briones, con algunos números de música de Moreno Ballasteros; y en el Español *El regimiento de Lupión*, graciosa comedia en cuatro actos de Pablo Parellada.

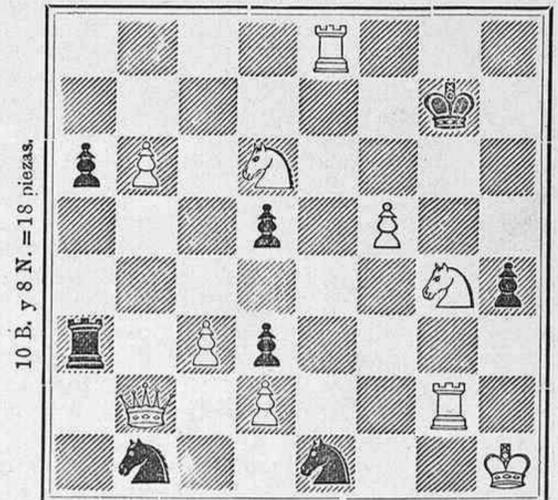
Barcelona.—En el Liceo ha dado una serie de representaciones la eminente artista Sra. Darclée, la cual ha cantado con gran aplauso *La Traviata* y *Manon*, de Massenet.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 102, POR VALENTÍN MARÍN

Primer accésit del Concurso organizado por la Revista *Ruy López*.

NEGRAS



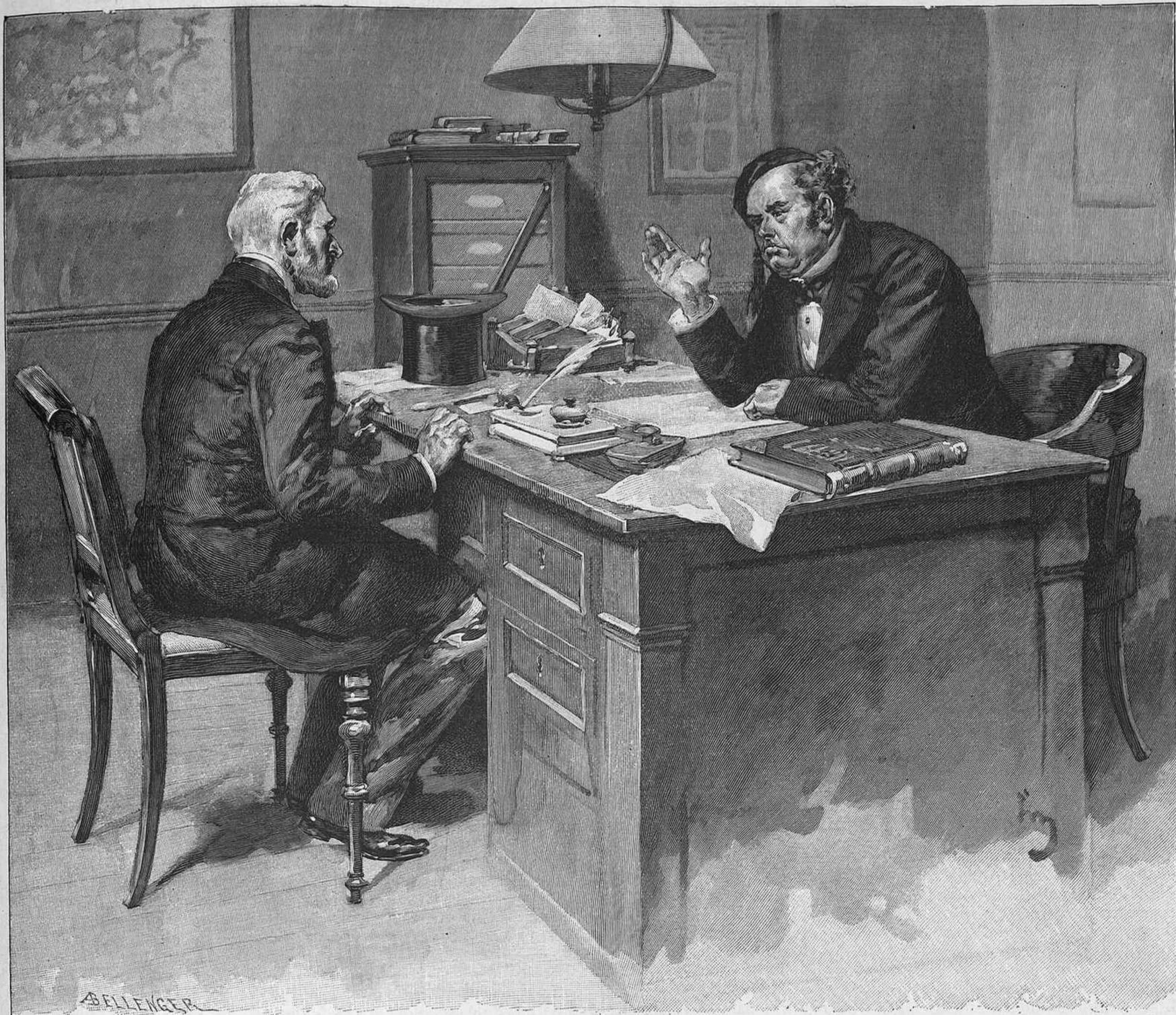
BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 101, POR J. JESPERSEN.

- | | |
|-----------------------|---------------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. C3CR | 1. TcCD* |
| 2. D2TD | 2. R toma T ú otra. |
| 3. R2A ó toma P mate. | |

(*) Si 1. DcCD; 2. D toma PCD jaque, y 3. T6D mate; - 1. P6D; 2. D toma PD jaque, y 3. D mate; - 1. D toma C; 2. P toma D, y 3. D mate. La amenaza es 2. D toma PCD jaque, y 3. D mate.



Imposible, señor mío, eso no se hace jamás

EL SOSTÉN DE LA FAMILIA

NOVELA DE ALFONSO DAUDET. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

PRÓLOGO

LA JUVENTUD DE RAIMUNDO EUDELINÉ

Un majestuoso bedel pasaba con una lámpara en la mano. Víctor Eudeline tosió para darse tono y pidió al galoneado personaje que se sirviera recordar su presencia al señor Provisor. El hombre hizo un ademán afirmativo con la cabeza, sin volverla, y desapareció en la obscuridad de una doble puerta.

Sentado en la cubierta de un cofre de madera en forma de banco, el solicitante llevaba una hora esperando en aquella larga antecámara de liceo parisien- se, de viejos vidrios y paredes cubiertas por un inmen- so mapa geológico. El día declinaba, un día de fin de primavera, y el visitante veía por la ventana de la antecámara los altos rectángulos iluminados por el gas que se alineaban en todos los pisos, sobre aquel patio sombrío colmado para él de recuerdos triunfan- tes. Allí, durante tres años seguidos, el verano último aún, Raimundo y Antonino, sus dos hijos, alumnos laureados y primeros puestos de sus clases, le habían dado la alegría de oír aclamar y felicitar el nombre humilde de Eudeline, el nombre de un obrero mue- blista llegado á dueño de taller á fuerza de buena suerte y de energía. ¡Ah! Aquel patio en aquellas ocasiones solemnes, lleno de rumores, cuajado de ni- ños y de padres en traje de gala y en el que circula- ban las togas y los bordados, le recordaba su paso á

través del gentío, entre los dos muchachos cargados de coronas y de éxitos; los murmullos de gloria al- rededor de ellos y de aquel pobre padre de barba hirsuta que reventaba de orgullo y de salud en una levita reluciente, el bueno de Eudeline, sucesor de Guillermo Aillaume, uno de los más acreditados fa- bricantes de muebles del *faubourg* del Temple... Luego, inmediatamente después de la distribución de premios, la dicha de montar en coche con los chi- cos, en coche descubierto, en el que relucían los do- rados de los libros y de las coronas; atravesar París y exhibirse en todos los *boulevares* al ir á casa de su amigo Pedro Izoard, en el Palacio Borbón, y de allí á casa de la señorita Javel, su casera, en su hotel de los Campos Elíseos...

— El señor Provisor le llama á usted.

A estas palabras, dichas en tono arrogante, Eude- line volvió sobresaltado de sus ensueños, penetró en el despacho, en el que un señor viejo, muy canoso, con gorro de terciopelo inclinado sobre la oreja, acaba- ba de escribir una carta, y oyó que le decía con entonación distraída y casi sin mirar al gigante que estaba en su presencia:

— Supongo, señor mío, que viene usted por fin á cumplir con la administración.

— No, por desgracia, señor Provisor; venía, por lo contrario, á rogar á usted..., á rogarle con encareci- miento...

Y el pobre diablo, desconcertado por aquella aco-

gida inesperada, tartamudeaba y se confundía, mien- tras se enrojecían sus mejillas.

— Dispéñeme usted, murmuró por último, ponien- do sobre la mesa un flamante y gigantesco sombrero de copa que le molestaba casi tanto como lo que te- nía que decir. Apenas me conoce usted, señor, y eso sólo por mis hijos. Hubiera querido, antes de expo- nerle mi pretensión, contar á usted quién soy y qué personas responden por mí...

El funcionario iba á protestar contra aquella his- toria demasiado larga, pero las últimas palabras le pusieron en guardia. En estos tiempos de demagogia los muy humildes tienen á veces protectores en las altas esferas. Se resignó, pues, á saber que Víctor Eudeline, hijo de sus obras, había nacido en la calle del Orillón entre las virutas de una carpintería; que después de dos ó tres años de instrucción primaria había entrado como aprendiz en casa de Guillermo Aillaume, de la que ya no había salido; que su prin- cipal, después de casarle con su hija, le dejó también el comercio, que no había prosperado en manos de Eudeline como en las de su suegro.

— Y sin embargo, como usted ve, señor Provisor, mi aspecto es el de un buen hombre, sin nada que pueda repugnar á mi clientela. Yo grito, eso sí, grito y soy violento, siempre con la sangre en la cabe- za; pero en cuanto á hacer daño á una mosca, jamás lo hice... Tengo, acaso, una debilidad que ha debido perjudicarme: mi excesiva afición á las construc-

nes. ¡Lo que yo he gastado en talleres, en casas para obreros!..

Se interrumpió al ver el ademán irritado del Provisor, que se enderezó el gorro; pero ante una invitación muda á seguir adelante, continuó con ardor:

— A pesar de todo, yo hubiera salido á flote ayudado por excelentes amigos, personas muy poderosas; Pedro Izoard, subjefe de taquígrafos en el Congreso de Diputados, un muchachón casado con una nicense adorable, aunque, por desgracia, algo delicada del pecho. Pero el señor Provisor debe conocer á mi amigo Izoard..., un antiguo profesor de la Universidad, que hizo dimisión en 1852...

El funcionario respondió secamente:

— No le conozco.

— Tenía también la alta protección de la propietaria de mi casa, la señorita de Javel.

— ¿Pariente del diputado?

— Precisamente..., y subsecretario del ministerio del Interior... Es su tía... ¡Ah, caballero, qué noble persona! Tan rica como generosa. Al ver los trabajos que yo pasaba para educar á mis hijos y para hacer algún bien á mis obreros, nos cobró afición á mi mujer y á mí. Con ella no se hablaba nunca de los alquileres atrasados. Al terminar mi arrendamiento, le renovó por quince años sin aumentar un céntimo. Respetuosa hasta por mi afición desordenada á edificar, la protegió cediéndome gratis el derecho de construir en mi patio un gran taller que yo alquilaría y que me produciría casi para pagar mis alquileres. Acabado el taller y puestos los anuncios, iba á encontrarme desembarazado, cuando la señorita de Javel muere de improviso de un *bólido*..., no..., no es eso..., dispense usted..., en esto de las palabras no estoy muy fuerte..., y hete aquí que me encuentro en presencia de su sobrino y único heredero, ó más bien, de su apoderado, el Sr. Petit-Sagnier, procurador de los tribunales, el cual me ha tratado como á un bandido, como á un explotador de la vieja, y me ha advertido formalmente que en cuanto deje de pagar un mes, el Sr. Marcos Javel rescindiría el contrato de arrendamiento y entraría en posesión del taller obtenido por mis malas mañas de aquella pobre mujer.

— El Sr. Petit-Sagnier se interesa por su cliente, lo que no tiene nada de vituperable, gruñó el alto administrador, cuyo semblante se iba endureciendo por momentos.

Eudeline se puso muy pálido, con esa palidez rosácea de los sanguíneos de compleción recia; se contuvo para no gritar ni entregarse á alguna violencia, y apretando el borde de la mesa entre sus dedos cortos y velludos, continuó muy despacio:

— Reflexione usted, señor Provisor, que he hecho grandes esfuerzos para no retardar ninguna mensualidad, que he sacrificado las últimas alhajas de mi mujer, que ella guardaba para nuestra pequeña; sus brillantes, su pañolón... He llegado hasta empeñar...

La enormidad de la confidencia que iba á hacer á aquel hombre le asustó, y continuó, conteniéndose:

— Hasta privar á mis hijos de esta educación de la que estaba tan orgulloso por lo mismo que yo no la tengo... ¡Ah, señor! Yo, que siendo un chiquillo me detenía ante la verja de la Universidad á mirar con envidia á aquellos muchachos ricos que iban á aprender; yo, que tanto he sufrido por mi ignorancia y que tenía como una gloria el poder decirme: «Mis hijos serán sabios, mis hijos sabrán latín,» figúrese usted mi desesperación al verme reducido á tenerlos en casa meses enteros, arrastrando las chancletas de una pieza á otra, y tener que emplear el dinero del colegio en pagar los alquileres. Yo lloraba, lloraba con su madre, ante la idea de que tantos sacrificios no servirían para nada y que me embargarían de todos modos..., y esto es lo que nos sucede..., nos van á embargar...

Los sollozos le ahogaban; pero ante un movimiento del Provisor, tuvo la fuerza de contenerlos.

— ¡Oh! Tranquílcese usted; no vengo á pedirle dinero, señor, sino solamente una gracia. Se van á hacer las oposiciones á premio; deje usted á mis hijos venir al liceo en los días de las oposiciones. Los dos están seguros, cada uno en su clase, de lograr las matrículas de fin de año. No les prive usted, no me prive usted, sobre todo, de esta alegría, que es la única que me queda.

— Imposible, señor mío; eso no se hace jamás... Esos jóvenes no pueden volver á clase ni gozar de sus derechos si no paga usted el trimestre atrasado.

Aferrado con las dos manos á la mesa como á su idea, Eudeline insistió, suplicó... El mayor, el mayor solamente... Estaba en tercer año, el del gran concurso... Era preciso que pudiese concurrir con sus compañeros.

El Provisor se levantó bruscamente:

— La administración no lo permite.

Y al mismo tiempo puso el dedo en un llamador eléctrico que tenía á su lado. Sin esperar la entrada del bedel, Eudeline se inclinó y salió.

Un momento antes, al subir la ancha escalera de piedra cuando estaban encendiendo el gas, le quedaba en el corazón una esperanza; su confianza en aquellos señores del liceo, su respeto idólatra hacia los que sabían latín. No esperaba socorros efectivos, pero sí buenas palabras, citas consoladoras tomadas de la antigüedad; y si bien su orgullo le había hecho retroceder durante meses ante aquel paso, lo había dado con la certidumbre absoluta de lograr su propósito, defendido contra todas sus desdichas por la idea de que Raimundo iría al concurso general y el nombre de Eudeline resonaría por primera vez bajo las bóvedas de la Sorbona. Destruída esta esperanza, había llegado al fin de todo. Entre tantas catástrofes, el buen hombre no veía más que aquella. ¿Dónde encontrar el dinero de dos trimestres atrasados? Al transponer la verja del liceo, un nombre le vino á las mientes... Izoard, el empleado del Congreso de Diputados, al que no se había atrevido á declarar que hacía tres meses los niños no iban al liceo. ¡Pero cuántas objeciones en seguida! Izoard había ido á acompañar á su mujer á Niza y acaso no habría vuelto. Y después, le debía tanto ya..., las últimas quincenas de la paga, los diez mil francos para la construcción... No, no; era preciso buscar otra cosa. Pero ¿cuál? ¿A qué puerta llamar?... La lluvia fina y fresca que mojaba sus ardientes sienes le hizo advertir que tenía aún el sombrero en la mano. ¡En qué estado le había puesto la visita! ¡Ah! Aquel viejo Roberto Macaire, con gorro de portero, no sospechaba que hacía un momento su mesa, su enorme tintero y su montón de cartones y de papelotes habían estado á punto de saltar por los aires y él con ellos...

Aquella cólera comprimida tenía aún doloridas las manos y las rodillas de Eudeline, que andaba por la acera luciente y fangosa dando traspies como el día en que por única vez en su vida se achispó en aquel banquete de los viajantes de comercio, presidido precisamente por Marcos Javel. ¡Qué alientos tenía aquel día el diputado de Indre y Loire! ¡Cómo hinchaban su chaleco blanco y sus pectorales de buen mozo aquellos períodos sonoros con que les obsequiaba, conmovida la voz y agitados los párpados, sobre los deberes de un buen francés de estos tiempos, la caridad laica y republicana! Después de todo, acaso creía en aquella solidaridad humana, de la que hablaba con tanta elocuencia, y era su procurador, Petit-Sagnier, el que le incitaba á adoptar resoluciones tan feroces como la del embargo anunciado para el sábado.

«Si yo fuese á ver á Marcos Javel en su casa, calle de la Ville-l'Évêque; si fuese á pedirle gracia, á él personalmente, y no á su apoderado...» Así pensaba Eudeline al cruzar el patio de la fábrica. Los obreros acababan de salir y todos los talleres estaban apagados; una sola luz de gas brillaba todavía en el escritorio. Eudeline vaciló un momento al pie de la escalera, ante la casilla del portero.

— Aquí hay algo para usted, Sr. Eudeline, le dijo el portero con esa voz sombría y como lejana del subalterno que sabe que el inquilino no tardará en ser arrojado de su casa.

El mueblista cogió los dos papeles que se le entregaban: una notificación de embargo, y una carta que abrió con mano indiferente y lejó de un tirón, dudando de lo que veía. ¡Citado para el día siguiente, á las once, por el juez de instrucción!.. ¡Ira de Dios! ¡Había olvidado esto! Le pareció que la escalera se derrumbaba sobre su cabeza; vaciló y dijo en voz alta por dos veces, de modo que lo oyó el portero:

— Llegó el momento... No me queda más que morir.

Empujó la puerta de la caja, en el piso bajo; despidió al empleado de la contabilidad, el Sr. Alexis, y no subió á su casa hasta el alba. Empleó la noche en escribir dos cartas, empezadas sin duda muchas veces. He aquí la copia de una de aquellas epístolas, ó más bien, de uno de aquellos testamentos:

«Amigo Pedro: Acabadas las vacaciones de Pascua, el Congreso volverá á funcionar. Supongo que ha dejado usted á su enferma en Niza con su querida hija y que esta papeleta de defunción anunciándole la mía le encontrará de vuelta en el Palacio Borbón. Sí, de mi defunción, lee usted bien. Circunstancias imprevistas, superiores á mis fuerzas, me obligan á abandonar la vida violentamente. Mi pobre mujer dirá á usted, si puede, los motivos que me impulsan á este acto de desesperación; yo no me atrevo, porque me da vergüenza confesarle que su amigo, un verdadero amigo del 48, ha podido faltar

al honor de su nombre. No he querido, sin embargo, morir sin decirle adiós, sin darle las gracias y sin pedirle perdón. Sin pedirle perdón, sobre todo, por esos diez mil francos que usted me ha hecho prestar y que me llevo conmigo. Si el Sr. Marcos Javel es un hombre honrado, le pagará el importe de esa construcción que usted ha costado y cuyo alquiler cobrará él. Le escribo al mismo tiempo que ésta y espero que él se dignará tenerlo en cuenta y ayudará á usted á conseguir los estudios gratuitos para mis queridos hijos. ¡Que acaben su carrera, Dios mío! Sobre todo el mayor, Raimundo, el que debe reemplazarme y ser después de mi muerte el jefe y sostén de la familia. Se lo ruego á usted, mi querido Pedro; que termine sus clases y no se meta jamás en los negocios. El comercio es peor que el presidio; se arriesga en él todos los días la ruina y el deshonor. Que uno, al menos, de mis dos hijos escape á este peligro. Dicho esto, amigo mío, le abrazo por última vez y doy las gracias á la señora de Izoard y á la señora Genoveva por sus atenciones hacia mi mujer y mi hija Dina. Comprenderá usted que mi corazón se despedaza al separarme de los míos, pero es preciso; su dicha lo exige.

»¡Viva la República democrática y social!

»VÍCTOR EUDELINÉ.»

Vuelto el día anterior al estrecho albergue que ocupaba en el Cuerpo legislativo y que la ausencia de su mujer y de su hija convertía en inmenso y desolado, Pedro Izoard iba á sentarse á la mesa, solo, delante de una ventana que daba á un patio interior del palacio, empedrado de anchas losas y en el que se oía el ruido de vasos y de platos de otros almuerzos de empleados, cuando un ordenanza le subió aquella carta. Sin llegar á la firma, arrojó la servilleta, tomó todo el dinero que había en la casa, y el primer coche de alquiler que pasó por la calle de Borgoña llevó hacia lo alto del *faubourg* del Temple á aquel hombrecillo de pelo cortado y larga barba gris, que hacía contorsiones por la portezuela y clamaba entre el ruido del empedrado, con el énfasis y el acento de Marsella:

— ¡Eudeline atentar á sus días!.. ¡Eudeline faltar á su honor! Tendré que verlo para creerlo...

Durante el trayecto del *faubourg*, en cuya cuesta pululaba una multitud hambrienta y ruidosa; entre los vendedores de fruta, de flores, de pescado, de verduras, que alineaban sus carretones ambulantes al lado de las aceras, el olor del pan caliente y de las fritadas, los empujones y los gritos de las muchachas en blusa de trabajo y de los obreros con el pecho desnudo, un pedazo de pan debajo del brazo y un papel aceitoso en la mano, cada vuelta de las ruedas del coche confirmaba á Pedro Izoard en sus convicciones optimistas. Por todas partes sonaban las doce, en los campanarios de las iglesias y en los patios de las fábricas; las doce, la hora egoísta del hambre, de la vida, que da á todas las miradas de los que van por la calle la misma fijeza voraz y distraída, la mirada glotona del escualo en caza submarina. ¡Matarse! Buena es esa... ¿Y almorzar?... Sin embargo, cuando al bajar del coche observó en el fondo del patio de Eudeline, atestado de maderos de todos tamaños y de todos colores, el blanqueo reciente de la nueva construcción, con este letrero: *Vasto local para alquilar*, el marsellés sintió frío en el corazón. Creía que el taller estaba ocupado... ¡Con la enfermedad y los viajes no se habían visto hacía tanto tiempo! Pero su emoción fué mayor cuando un aprendiz que atravesaba el patio silbando y con la cabeza descubierta le afirmó que el principal había salido temprano y no había vuelto. La mano de Izoard temblaba al llamar en el primer piso.

Por la puerta entreabierta del antiguo cuarto, á la que se subía por tres escalones, un niño rubio, de catorce ó quince años, muy alto, enseñó las mejillas surcadas de lágrimas, una cara de polichinela asustado y ansioso.

— ¿Qué hay, Raimundo?, preguntó el taquígrafo.

El muchacho, sin responderle, le arrastró hacia el pasillo y se dejó caer sobre su pecho dando un gran sollozo.

— ¿Dónde está papá, Sr. Izoard? Díganos usted dónde está papá.

Al mismo tiempo Izoard sentía en las manos besos y lágrimas ardientes del otro hermano, Tonín, un chico de pelo rojo que parecía haber salido de la tierra y también se pegaba á él preguntando por papá, pero muy bajo, con los dientes apretados y dejando oír los chasquidos nerviosos de sus mandíbulas. El marsellés, conmovido por aquel dolor tan verdadero, se enjugaba los ojos y buscaba qué responder.

— Yo no sé dónde está vuestro padre, queridos míos; vuelvo del Mediodía... He venido por casualidad...

Sentado entre los dos hermanos, en el desorden y la desnudez de la pieza en que entraron, Izoard llegaba por fin á sacar en limpio, á través de los sollozos y de las frases dolientes, el drama de familia en que se veía obligado á creer.

Su padre, le dijeron, había pasado toda la noche en la oficina. Por la mañana se habían despertado al ruido de una escena espantosa en el cuarto de sus padres. Eudeline gritaba que se iba á tirar al canal y que no le quedaba otro recurso. Después se había marchado corriendo y su madre detrás de él llorando y suplicándole con las manos juntas que no se matase. Y desde entonces, los muchachos estaban esperando, sin saber nada.

Izoard trató de tranquilizarles diciéndoles que ya conocían á su padre, hombre de carácter pronto, violento, pero tiernamente adicto á los suyos. ¡Qué catástrofes serían necesarias para impulsarle á una determinación tan desesperada!

— ¿Catástrofes, señor Izoard?

El mayor tomaba al hablar ese aire formalote que la precocidad de la desgracia da á los niños.

— Las hemos tenido todas desde que usted se marchó... Mire usted á su alrededor; el reloj ha desaparecido, lo mismo que las cortinas. ¡Dios sabe lo que se ha vendido ó empeñado para pagar esos horribles alquileres!.. Casi no quedan muebles. Tonín llevaba los objetos al Monte de Piedad; yo no me atrevía Papá y mamá eran demasiado conocidos... Pero eso no es nada todavía... ¿Creerá usted que hace tres meses no vamos al colegio?

Sin chaleco ni corbata y en chanclas, los muchachos tenían por completo ese aire de pereza y de holganza común á todos los refractarios de la escuela ó del cuartel.

— Lo que más pena le daba era privarnos del liceo, más aún que enviar á Cherburgo á nuestra hermanita Dina, que ha sido recogida por su madrina... ¡Ah! ¡Aquí está mamá!

No le dejaron tiempo para sentarse ni para levantarse el velo que cubría su boca calenturienta y sus mejillas pálidas.

— ¿Qué has hecho de papá?, preguntaron los dos á un tiempo.

— Pues bien, hijos míos, vuestro padre...

Se había preparado á mentir para no darles bruscamente un duro golpe; pero la presencia imprevista de Izoard, aquella cara amiga y compasiva, le quitó el valor. Conocía la carta de su marido y sabía que una palabra, una sola que se cambiase entre ellos iba á hacerla sollozar y decirlo todo. Se contentó, pues, con una muda inclinación y continuó, como descartándole de la escena:

— He dejado á vuestro padre más calmado; espero que no tendremos nada que temer por hoy.

La pobre mujer volvía la cabeza tratando de escapar á las miradas de sospecha que la espiaban.

— Pero ¿por qué le has dejado, mamá?, preguntó Raimundo, desconfiado y casi severo.

La madre inclinó la cabeza y respondió con mucha dulzura, con mucha humildad, como si estuviese en presencia de su marido ó como si el hijo mayor le reemplazase ya en su autoridad:

— Para tranquilizaros más pronto, queridos míos... Y para sustraerme á nuevas preguntas, dijo dirigiendo á Izoard una mirada que era una confesión:

— ¡Ah! El Sr. Javel es muy cruel con nosotros... — No puedo creerlo, contestó el hombrecillo de la

larga barba; Javel, con el que estoy en relación en el Congreso, es un republicano de los buenos, como decimos nosotros, un hijo del pueblo, nacido en el pequeño comercio, cuyas miserias conoce. En 1870, durante el sitio, le he oído hablar en una reunión pública de la renovación de los vencimientos y conmover toda la asamblea con unas cuantas palabras sobre las angustias de las deudas... El hombre que

de que hablaba la carta del desesperado Eudeline. — ¿De qué se trata? Vamos á ver... A un amigo sincero se le puede decir todo...

— Pues bien, esto hay.

Humilde y con la frente inclinada, como en el confesionario, aquella mujer murmuró con voz sorda la desoladora confidencia que el desdichado Eudeline acababa á su vez de hacerle, mientras andaban por la orilla del canal... ¡Ah! ¡Siempre los malditos alquileres! ¡Siempre el terror inspirado por el señor Javel! Unas mercancias en depósito empeñadas y después vendidas por falta de dinero para renovarlas. A continuación de esto la denuncia, el juez de instrucción, la condena, la cárcel, la deshonra para él y para sus hijos...

— ¡Ah, amigo mío!, lo que sobre todo le enloquecía era el pensamiento de que nuestros pequeños tuvieran que avergonzarse de su nombre, de que las personas honradas, como usted, no quisieran ya recibirles. «Si muero, me decía, no se me perseguirá y el nombre de nuestros hijos no será manchado por una condena...» Yo me resistí, como usted puede pensar, y le supliqué que no se matara; pero me hablaba con tanta fuerza, encontraba razones tan justas para probarme que su muerte era el único medio de salvarle de la prisión y á nuestros hijos de la infamia, que, por fin, yo no sabía qué responderle... Violento, déspota como era, yo siempre he cedido, bien lo sabe usted... Hubiera debido gritar, colgarme de él... Estaba anonadada, embrutecida... De repente me dijo: «Abrazame, hija mía, y vete sin volverte.» Lo hice como me lo decía..., y ahora estoy aquí, sin saber... ¡Dios te proteja, mi pobre marido!

Los niños se presentaron y ella cesó de hablar é inspeccionó sus vestidos con mano temblorosa, mientras Izoard pensaba espantado en aquel suicidio heroico tan cándidamente consentido por aquella desgraciada ilota. «Por lo menos, que su

muerte sirva para algo,» pensaba al conducir los niños á la calle de la Ville-l'Évêque, donde el subsecretario del Interior habitaba un antiguo hotel con jardín, al lado del ministerio.

El subjefe de los taquígrafos pone en limpio para la imprenta la reseña de las sesiones, esmaltándolas de *bravos en la derecha ó en la izquierda...*, *rumores en algunos bancos...*, *aplausos prolongados*... Se comprende que los diputados tienen mucho interés en estar bien con él. Por eso el marsellés estaba seguro de que al recibir su tarjeta el señor subsecretario, aunque estuviera almorzando, se guardaría muy bien de hacerle esperar ó de aplazar el recibirle, como no hubiera dejado de hacer con funcionarios mucho más altos. Apenas introducidos en un despacho como nunca habían visto, pues el del provisor del liceo resultaba pobrísimo á su lado, un gabinete suntuoso y alto como una iglesia, con largos cristales pintados, grandes cortinajes y sillones de cuero y encina antigua, á majestuosa distancia los unos de los otros, los niños, ya intimidados ante tanto lujo, perdieron todo aplomo al ver llegar con las manos tendidas un alto personaje de tez rosada, rubio y cuidado bigote, ademán correcto, vestido con un traje obscuro y con la servilleta del almuerzo puesta en el brazo, como indicación de que en aquel momento estaba ocupado.

— Querido amigo, ¿á qué debo esta agradable visita?

(Continuará)



Querido amigo, ¿á qué debo esta agradable visita?

decía tales cosas sería el más abominable hipócrita. Por otra parte, señora, tengo un coche á la puerta; que los niños vengán conmigo é iremos á casa del subsecretario... El ignora lo que se hace en su nombre, estoy seguro, y en todo caso respondo de que el embargo no se verificará.

— ¡Dios le escuche á usted, amigo mío!, suspiró la madre.

Y sin atreverse á mirar á los niños, les mandó que fueran á vestirse prontamente.

En cuanto salieron, el sollozo que estaba conteniendo estalló como si le desgarrara el pecho.

— ¡Pobres hijos míos!, murmuró ocultando la cara. Izoard fué á sentarse en el mismo diván en que la pobre mujer se había dejado caer. No se atrevía apenas á interrogarla...

— ¿Es posible? ¿Eudeline ha cumplido su amenaza? La pobre mujer hizo un signo afirmativo.

Izoard la miraba estupefacto.

— Pero ¿usted no estaba con él? No le hubiera usted dejado hacer. Y después, no se mata uno por dinero. ¡Qué diablo! Yo le traigo dinero, no mucho; pero, en fin, algo...

A estas frases ardientes, realzadas con vivos ademanes, la desgraciada mujer se contentaba con mover la cabeza.

— ¡Ah, Sr. Izoard, si usted supiese!.. De repente el taquígrafo recordó la falta de honor

PINTURA Y DIBUJOS

DE ALEJANDRO DE RIQUER.

La inspiración, la originalidad, la corrección, son cualidades que como pocos posee el notable dibujante Alejandro de Riquer; pero además de estas cualidades y por encima de ellas tiene en su hoja de servicios, llamémosla así, el mérito de haberse anticipado á muchos otros artistas, de haber presentado antes que la mayoría de éstos los nuevos rumbos que en los últimos tiempos ha emprendido la ornamentación. El prerrafaelismo y el misticismo artístico hoy tan en boga, han tenido en Riquer, desde los primeros días de su reaparición, uno de sus más fervientes partidarios, uno de sus más entusiastas apóstoles, uno de sus más activos propagandistas. Y su propaganda ha sido tanto más fructífera cuanto que ha predicado con el ejemplo, y sus ejemplos han sido siempre obras maestras por todos admiradas.

Esta admiración unánime, al recaer en la personalidad de Riquer, ha redundado en beneficio del género que éste cultivaba, ya que el público, al contemplar las bellezas que el artista le ofrecía, se ha ido acostumbrando á un arte que al principio pugnaba con sus gustos y ha acabado por reconocer sus excelencias.

Los dibujos por Riquer ejecutados para los números extraordinarios que en estos dos últimos años ha publicado LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han merecido los más incondicionales elogios de la crítica, así española como extranjera, y son bastantes para acreditarle como uno de los primeros dibujantes decoradores.

Los que hoy reproducimos en esta página son dignos del renombre del artista: dos de ellos, *La Poesía* y *La Música*, son proyectos para vidrieras de colores destinadas á adornar el comedor de una casa particular de esta ciudad y tienen toda la sencillez y sobriedad que tan bien cuadra á esta clase de obras; el tercero es una pintura que, junto con otra similar, adorna el presbiterio de la iglesia del monasterio de Montserrat; tiene 12 metros de alto y las figuras son de tamaño mayor que el natural. — X.

EL VIENTO
Y LAS OLAS

Cuando el notable físico Helmholtz se dedicó, con el ahinco que puso en todos sus estudios, á sus célebres investigaciones matemáticas sobre los movimientos de la atmósfera, demostró que el deslizamiento de dos fluidos de densidad desigual produce necesariamente en su superficie de separación ciertas ondas, en las cuales así la altura como la distancia de las crestas (ó sea lo que en física se llama *longitud de onda*) dependen de las densidades y de las velocidades relativas de los fluidos que se hallan en presencia.

Cuando las diferencias de densidad son escasas, las ondas pueden llegar á tener dimensiones considerables, ya sea en longitud ó ya en anchura.

«Así es, dice Helmholtz, que las débiles velocida-

des del viento que observamos en el fondo de la atmósfera producen con frecuencia en el agua unas olas de un metro de longitud; en la superficie de dos capas de aire cuya diferencia de temperatura fuese de diez grados, esas capas engendrarían oleadas aéreas de dos á cinco metros de largo. Las grandes oleadas de cinco á diez metros deben corresponder á ondas atmosféricas de 15 á 20 kilómetros, que ocupan todo el horizonte sensible á la vista del ob-

Habiéndose remontado en un globo estando el cielo brumoso con tiempo frío y la atmósfera enteramente tranquila, notó que el globo se detenía repentinamente en su ascensión al llegar á los 200 metros de altura para emprender al punto una marcha muy rápida hacia el Este. La cuerda guía seguía arrastrando aún, pero tan sólo unos cuantos metros, y el aeronauta tuvo que arrojar al espacio más de cuarenta kilogramos de lastre para conseguir que el aparato emprendiera de nuevo su marcha ascensional.

Poco después los tripulantes del globo observaron que penetraban en una capa de aire más caliente y que el termómetro subía de 2°,7 á 9°,2.

Las condiciones atmosféricas eran, pues, las siguientes: dos capas de aire que presentaban una temperatura de 6 á 7° se deslizaban una sobre otra con una velocidad que la marcha del globo hizo calcular en 12'5 metros por segundo.

Tan luego como se elevaron suficientemente, los aeronautas tuvieron ocasión de disfrutar de un singular espectáculo.

Unos grandes rollos de niebla, parecidos á gruesos salchichones, dice el autor valiéndose de una suculenta comparación, y orientados en dirección Norte-Sur, tendían anchurosas rayas en el paisaje, pero de modo que dejaban entre sí intervalos igualmente espaciados al través de los cuales se veía el sol. En un espacio de siete kilómetros y medio pudieron contar los aeronautas quince de dichos rollos y el promedio de la distancia de sus crestas llegaba á 540 metros.

Helmholtz presenta, como ejemplo numérico, el caso de dos capas de aire cuyas temperaturas difieren diez grados y cuya velocidad relativa es de diez metros por

segundo, deduciendo de estos datos que la longitud de las ondas debe llegar á 550 metros. Pues bien: su fórmula indica una longitud proporcional á la diferencia de las densidades.

El cálculo demuestra, pues, una concordancia muy satisfactoria con la observación de M. Emden.

La niebla es muy á menudo el enemigo de todas las observaciones de los fenómenos atmosféricos, y sin embargo, en el caso particular que nos ocupa ha sido, al contrario, un precioso auxiliar. Y en efecto, la condensación se encontraba cerca de su límite; muy patente á la temperatura de la capa inferior, desaparecía en la otra en virtud de una evaporación rápida de las gotitas, de modo que quedaba trazada una superficie de demarcación bien definida entre las dos capas de aire.

Aquel día, la naturaleza había preparado un experimento; el caso es por demás raro, y fortuna ha sido que se haya encontrado á punto un observador para tomar nota de los resultados.

C. E. GUILLAUME

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

VERSI, por A. Roméo Mataro. — Colección de poesías italianas escritas sobre diversos asuntos, especialmente religiosos, y en distintos metros, que ha sido impreso en Barcelona en la tipografía de Luis Tasso.



LA POESÍA, proyecto de vidriera de colores, dibujado por A. de Riquer



PINTURA DECORATIVA que figura en el presbiterio del Monasterio de Montserrat, obra de Alejandro de Riquer



LA MÚSICA, proyecto de vidriera de colores, dibujado por A. de Riquer

servador, y cuyo fondo natural estaría debajo del suelo, de suerte que serían perceptibles al ras del suelo.»

Estas interesantes deducciones del célebre físico no habían podido tener confirmación sino en algunos casos aislados, y aun así y todo de un modo bastante incompleto, pues las condiciones atmosféricas rara vez son lo bastante sencillas para que haya posibilidad de definir las, así como lo suficientemente conocidas por la observación para que se esté en posibilidad de poner en las fórmulas otra cosa que cantidades hipotéticas.

Pero la casualidad acaba de proporcionar á M. Emden, físico de Munich, los medios de deparar una confirmación experimental clara y definida á las deducciones de Helmholtz.

EL RÍO DE LA PLATA. — Hemos recibido los primeros números de este semanario ilustrado que se publica en Buenos Aires y que es órgano de los intereses españoles en la República Argentina: contiene notables artículos y poesías, entre otros, de Castelar, Rodríguez Marín, Brou-tá, Balart, Eduardo de Palacio, Reyna, Blasco, Rueda y Pardo Bazán y varios grabados.

**

DICCIONARIO DE IDEAS AFINES Y ELEMENTOS DE TECNOLOGÍA. — Sería preciso reproducir íntegro el prólogo que precede á esta obra para que nuestros lectores pudieran comprender la importancia de este Diccionario. En la imposibilidad de hacerlo, diremos únicamente que así como los diccionarios vulgares se proponen, dada una palabra, averiguar las ideas expresadas por ella, el *Diccionario de ideas afines* resuelve perfectamente el problema mucho más trascendental de, dada una idea, encontrar las palabras que la expresan. Esta circunstancia y la de estar redactada bajo la dirección del eminente filólogo D. Eduardo



País granadino, cuadro al óleo de R. Santa Cruz

Benot, hacen por todo extremo recomendable esta publicación, editada en Madrid por D. Mariano Núñez Samper. Suscríbese al precio de dos reales cuaderno.

**

LA REPÚBLICA Y LAS LIBERTADES DE ULTRAMAR, por *Rafael M. Labra*. — Impreso en Madrid en el establecimiento tipográfico de Alfredo Alonso, se ha puesto á la venta al precio de tres pesetas este libro, en el que su autor, el ilustre escritor y propagandista Sr. Labra, hace un estudio histórico-político completísimo de la cuestión antillana, fijándose principalmente en lo que para resolverla han hecho los partidos republicanos.

**

LA AVICULTURA PRÁCTICA. — En los últimos números de esta revista, órgano de la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar que dirige D. Salvador Castelló, se insertan varios artículos, algunos de ellos ilustrados, muy interesantes para cuantos á la avicultura y agricultura se dedican.

EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio, por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

SIMIENTE DE LINO TARIN
 Preparado especial para combatir con suceso
 Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejiga (Exigir la marca de «la Mujer de 3 piernas»).

POMADA FONTAINE
 Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los párpados, Caspa y Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.
 El Boto: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE. Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
 La Bola: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
TARIN, Farmacéutico de 1ª Clase, ex-interno de los Hospitales
 PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
 DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
 VINO. de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

Las Personas que conocen las
PILDORAS de DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS Dres JORET y HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

UNGUENTO ROJO MÉRÉ
 DE CHANTILLY
CURACION SIN TRAZAS
 DE LAS ENFERMEDADES DE LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
 FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. CHANTILLY

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELoup, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa. — DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

PAPEL WLINS
 Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 31, Rue de Seine.

PRIMÈRE DE CHANTILLY
 ORLÈANS - FRANCE
UNGUENTO ROJO MÉRÉ
 CURACION RÁPIDA Y SEGURA DE LAS
 Cojeras - Alcance - Esguinces - Agriones
 Infiltraciones y Derrames articulares
 Corvazas - Sobrehuesos y Esparavanes
 Los efectos de este medicamento pueden graduarse á voluntad, sin que ocasione la caída del pelo ni deje cicatrices indelebiles; sus resultados beneficiosos se estendien á todos los animales.
BLACK MIXTURE MÉRÉ
 BALSAMO CICATRIZANTE
 Para toda clase de Heridas y Mataduras de los Animales.
 EN TODAS LAS DROGUERIAS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grazeas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.
Bergotina y Grazeas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica.
 Las Grazeas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fabrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias



En el harén, reproducción directa de un cuadro de Antonio Fabrés

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS CAPSULAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.

DOS FÓRMULAS:

I - CARNE - QUINA

En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.

II - CARNE-QUINA-HIERRO

En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

Estas dos fórmulas existen también bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

Francos 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLFADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et C^{ie} 21 St-Denis

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 Reales.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL

PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES

EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos de ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ABESPEYRES

78, Faub. Sa'nt-Denis PARIS

y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION

FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION

EXIJA SE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS

Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones curados ó prevenidos. (Nóculo adjunto en 4 colores)

PARIS: Farmacia LEROY y en todas las Farmacias.

CARRERAS-CAZA

EMBROCACION MÉRÉ de Chantilly

INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS

FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLÉANS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD

En Polvos y Cigarrillos

Alivia y Cura CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION

ASMA

y toda afeccion Espasmódica de las vias respiratorias.

25 años de éxito. Med. Oro y Plata.

J. EXIBARD y C^{ia}, Pcos, 102, R. Richelieu, Paris.

PILDORAS y JARABE de BLANCARD

con Ioduro de Hierro inalterable

CONTRA la Anemia, la Pobreza de la Sangre, la Opilacion, la Escrófula, etc.

Exigir el Producto verdadero con la firma BLANCARD y las señas

40, Rue Bonaparte, en Paris.

Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr.25; JARABE, 3 fr.

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR

Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal

Prescrito por los Médicos en los casos de **ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES**

Acritud de la Sangre, Herpetismo, Aons y Dermatosis.

CH. FAVROT y C^{ia}, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero.

El Mismo con IODURO DE POTASIO

Empleado como tratamiento complementario del ASMA, este Medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis.

Folleto según los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

CEREBRINA

REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS

Suprime los Cólicos periódicos.

E. FOURNIER Farm^o 114, Rue de Provence, en PARIS

En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias

Desconfiar de las Imitaciones.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero

Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

PATE EPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN